

Los fisiócratas

Los fisiócratas, que se llamaban a sí mismos *economistas*, dieron a este vocablo, puesto por ellos en circulación, un sentido que visiblemente ya no tiene. No es ajeno a la denominación de la fisiocracia el hecho de ser médico el fundador de la escuela, doctor Quesnay, fisiólogo, filósofo y político. Sus doctrinas rezuman fisiología y naturalismo. Su único libro extenso, y muy poco leído, *L'essai physique sur l'économie animale* (1736), tiene un título revelador, como los de otros libros de secuaces de la escuela, sus propagandistas fidelísimos, que se atenían a la pluma o a la palabra del maestro. Formaron un grupo poco numeroso; su voz resonó en los salones del siglo XVIII, estuvieron de moda durante unos veinte años, escasos; inspiraron a la sociedad ilustrada; encontraron en ella detractores de tanta malevolencia como Voltaire, que puso en solfa rasgos aparentemente inocentes de las doctrinas fisiocráticas, pero, con todo, ganó la fisiocracia influencia gracias a evidentes aciertos, no siempre originales, y a la difusión de cuatro revistas famosas de economía, las primeras conocidas. Dieron programas al despotismo ilustrado, en parte por lo menos obra suya, y, sin promover movimiento social alguno y sin violencias que pretendían evitar, dejaron profundo rastro en la sociedad de su tiempo y en la política económica de algunos príncipes, dentro y fuera de Francia.

Quesnay es un filósofo del derecho natural, con clara tradición escolástica delatada en su lema *Ex natura jus ordo et leges*. En la Francia del XVIII acaso hubieran prevalecido las reformas propuestas por los fisiócratas, contra abusos y privilegios, manteniendo la monarquía bajo un monarca imperativo. Respetuosos, los fisiócratas, con la Iglesia tenían en la monarquía su razón de ser.

No tan sólo en el campo de lo económico era la agricultura centro del sistema. Las grandes innovaciones de la técnica agrícola, que en Inglaterra aumentaron el rendimiento del cultivo, acaparaban el pensamiento político y proporcionaban tema a disertaciones y polémicas en París, como en Londres. Por otra parte la asociación arbitraria de la doctrina del derecho natural con la glorificación de la vida primitiva y sencilla, y la no menos arbitraria de ésta con el agrarismo, llevó a círculos selectos la afición al campo; las marquesas se creían pastoras; veían en los palacios, cabañas. Si éste no era, claro está, el estado de espíritu de Quesnay, favorecía su programa.

Dos postulados de los fisiócratas, el *laissez faire* y la libertad de comercio, no han sido siempre bien interpretados; tampoco la propuesta del impuesto único. Eran tres normas de sabiduría política y, dígame lo que se quiera, la primera presupone una profunda interferencia gubernamental. Para que la libertad imperase habría que eliminar obstáculos abriéndole franco curso con disposiciones que rectificaran el estado de cosas y eliminasen trabas consustanciales del absolutismo y de la organización gremial. En cuanto a la libertad de comercio, sobre todo si se piensa en el comercio de granos, que, algo más tarde, tantos trastornos provocaría, debe tenerse presente que, hacia 1760, el proteccionismo no era necesario en Francia, dado el nivel de los precios. Tampoco

ha sido bien interpretada la defensa del impuesto territorial; se imponía una simplificación y, si la idea del impuesto único no era absolutamente nueva, descansaba en una premisa originalísima y de mayor repercusión: el concepto del producto neto, única fuente de renta, base ineludible del impuesto.

En cuanto al derecho natural, no se mueve Quesnay, casi nunca, en el campo de lo abstracto. Su diálogo *Du commerce* (1766) contiene una parte de su doctrina del capital referida a situaciones reales; lo empírico tiene en Quesnay extraordinaria importancia, sin perjuicio de que cualquier razonamiento exija, como punto de partida, una afirmación de principios, en este caso el principio del mínimo coste para el máximo goce; en este sentido, Quesnay es uno de los patronos del utilitarismo. Tiene siempre presente la solidaridad del interés público con el privado, la que luego habrían de llamar armonía universal de los intereses. En el *Tableau Oeconomique* (1758) lucen las relaciones compatibles y complementarias de las clases sociales. La prosperidad de los terratenientes es indispensable para las demás clases sociales; no es preciso que lo abone el reconocimiento de un orden providencial.

Quesnay, a diferencia de Turgot y de Smith, considera condición explícita, para el proceso económico, que el hombre gaste sus ingresos en bienes de consumo, que *utilice* toda su renta, ya que si retiene sus reservas, todas las clases sociales decaen y la negativa a gastar destruye las rentas ajenas.

Es importantísima la teoría del capital de Quesnay, aunque no olvidemos la labor de alguno de sus antecesores; se le deben los cimientos de la teoría económica. Las explotaciones agrícolas, el cultivo en gran escala, con libertad de movimientos y altos precios, impulsan a toda la economía nacional. El programa de Quesnay presupone tres condiciones: que los granjeros emprendieran con afán el cultivo (en caricatura, que las tierras se dedicasen a producir y no a cotos de caza), que el cultivo fuese estimulado desde el exterior, y que se pusieran en juego capitales a buen precio. El capitalista, al poner en movimiento dinero, anticipa fondos para producir, de aquí el concepto penetrante de las llamadas *avances* (*foncières, primitives et annuelles*).

Si los fisiócratas (como antes Cantillon) ven en el producto neto el único caso de creación de riqueza, ello, anticipando la nomenclatura marxista, nos presenta un caso auténtico de plusvalías. La escasez de los agentes naturales, aun suponiendo que únicamente operasen éstos en el cultivo, aporta valores, los aumenta incorporados a las manufacturas, permite fomentar el consumo de los trabajadores.

En el *Tableau Oeconomique* aparecen interesados en el proceso de la *circulación* de la riqueza (punto de vista novísimo) los actores todos de la vida económica, en un esquema de la estructura social. No importa que Quesnay reciba este esquema de otro economista; él, Quesnay, lo formula con originalidad al denominar a las clases sociales y explicar su función, fuese o no productiva. Acaso el *Tableau Oeconomique* simplifique con exceso, pero traza una teoría económica con una representación fiel de la naturaleza del equilibrio económico, con la interdependencia general que traba unas cosas con otras, de una manera visual, presentando el proceso económico en el plano de la circulación de la riqueza, que tanto preocuparía, más tarde, a Carlos Marx, después de haber estado oscurecido cerca de un siglo aquel punto de vista.

Ramón Carande